

La entrada de este jefe en Vera-Cruz, fué una verdadera fiesta cívica; y en el entusiasmo con que naturalmente acoge el pueblo las ideas de libertad, despues de una larga época de opresion, se le hizo allí un recibimiento propio de un libertador. A las cuatro de la tarde llegó el tren que lo conducia por el ferrocarril á la estacion principal, donde lo esperaba ya una comision del ayuntamiento, compuesta del alcalde primero, un síndico y un regidor, una inmensa reunion del pueblo, y tres bandas de músicas militares, que comenzaron á tocar al aproximarse el tren, entre los estrepitosos vivas y aclamaciones del mismo pueblo. En seguida le leyó el alcalde primero una patriótica alocucion, firmada por una comision del pueblo, y despues de recibir allí la Llave las primeras felicitaciones de las personas que se le acercaban, montó en una carretela dispuesta al efecto, donde lo esperaban tres niños, dos de ellos con unas banderas en que se leian las palabras de VIVA EL LIBERTADOR LA LLAVE, y otro con una corona, entrando luego en la ciudad, precedido por una banda de música, y acompañado por la multitud de gente que habia salido á recibirlo. Al emprender su marcha la comitiva, desunció el pueblo los caballos de la carretela, para tirarla por sí mismo, y de esta manera fué paseado la Llave por las principales calles, en medio de los repiques de campanas, cohetes y aclamaciones que por todas partes se le prodigaban, siendo al fin conducido al palacio, donde lo esperaban el comandante general Mendoza y el resto del ayuntamiento, y tomando allí inmediatamente posesion del gobierno del Estado.

Pasados aquellos momentos de entusiasmo, el nuevo gobernador, consecuente con lo que ofrecia el plan de Ayutla, mandó poner en vigor el arancel reformado por el presidente Ceballos en Enero de 1853; el dia 31 del mismo Agosto, siguiendo el espíritu de la revolucion, publicó un manifiesto en que desconocia al gobierno del general Carrera; y el 7 de Setiembre, con la idea de llevar á cabo uno de esos actos de justicia revolucionaria, ó para satisfacer el ódio que por todas partes se

manifestaba entonces contra el general Santa-Anna, dispuso que fueran intervenidas todas las propiedades que éste poseia en aquel Estado.

Al mismo tiempo dispuso que se reorganizara el batallon de guardia nacional, disuelto por el general Corona en Mayo de 1853; y como se sabia que el jóven D. Miguel Cuesta habia salvado entonces la bandera de aquel cuerpo, y conservádola cuidadosamente en su poder, esto dió motivo para que se hiciera una demostracion pública del entusiasmo que habia allí por el restablecimiento de la institucion de la milicia ciudadana. A la una de la tarde del 1.º de Setiembre, el alcalde primero D. José de Empáran, acompañado de una escolta de las fuerzas de Llave, con una banda de música militar, y en union de muchos individuos del pueblo que habian pertenecido á aquel batallon, pasó á la casa de Cuesta, y tomando la bandera, la sacó al balcon, donde fué saludada con vivas aclamaciones por el pueblo que se encontraba en la calle; pronunciando allí mismo el jóven D. Juan Cuesta, hermano de D. Miguel, una tierna alocucion, que fué acogida con estrepitosos aplausos por el mismo pueblo. En seguida marchó toda aquella comitiva hácia la plaza, donde se colocó la bandera junto á una mesa que estaba ya dispuesta para la inscripcion de los ciudadanos que habian de componer el batallon. Allí leyó al pueblo D. Miguel Diaz la proclama que el coronel D. José Luelmo, muerto en el destierro á que fué condenado en tiempo de Santa-Anna, dirigió al mismo batallon de guardias, cuando se reorganizó despues de la invasion de los norteamericanos, cuyo documento despertó en el auditorio sentimientos de ternura y patriotismo, por el hombre y la época que recordaba; y procediéndose inmediatamente á la inscripcion, en el mismo dia se alistaron 597 individuos, y el 9 quedaron ya organizados, con su respectiva oficialidad, el batallon de infantería y una compañía de artillería, siendo nombrado jefe del primero D. Manuel G. Zamora, que se hallaba ausente en el destierro, y del segundo, D. J. Luis Ituarte.

En Octubre siguiente se separó con licencia D. Ignacio de la Llave del mando político y militar del Estado, encargándose de él interinamente el general D. Juan Soto; y aunque entonces parecia estar ya bastante asegurado allí el nuevo orden de cosas, quedaban todavía algunos elementos reaccionarios que mantenian en alarma la situacion. La noche del dia 28 del mismo mes, se amotinaron en el castillo de Ulúa la mayor parte de los artilleros, provocados por un soldado borracho que dió el grito de *viva la libertad*; y sin embargo de que este motin fué sofocado por el coronel Ortiz Izquierdo, comandante de la fortaleza, quien atacó inmediatamente á los sublevados con el batallon 2.^o ligero, y despues de cerca de una hora de fuego, logró reducirlos al orden, pasándolos el dia siguiente á la ciudad para que fuesen juzgados allí, aquel conato de rebelion, que pudo ser de graves consecuencias, por la circunstancia de hallarse presos á la sazón en el mismo castillo los generales Tamariz y Casanova, los coroneles D. J. Santa-Anna y D. Juan Lagarde, en union de otros siete jefes y oficiales santanistas, vino á demostrar, ó á hacer sospechar con algun fundamento, que algo se trabajaba todavía contra la situacion, no tardando mucho esas sospechas en verse confirmadas por hechos posteriores.

En los meses de Agosto y Setiembre de este año, el aspecto que en lo general ofrecia la República, era en extremo agitado y violento. A las ideas de un poder teocrático-militar que servian de apoyo al general Santa-Anna, y que dieron á su gobierno todo el carácter de una restauracion del sistema vi-reinal, con la sola diferencia de que el papel del virey lo representaba un general mexicano, con el título de presidente, y con las facultades de un soberano absoluto, iban á sucederse los principios mas exagerados de la democracia, como sucede en todas las reacciones políticas; los grandes uniformes, mantos y cruces con que Santa-Anna y sus parciales habian querido improvisar una aristocracia sin timbres ni antecedentes gloriosos, iban á ser reemplazados por el modesto traje de

los republicanos y las blusas de los artesanos; y un cambio tan violento de cosas, tropezaba al establecerse, no ya tanto con la oposicion de los elementos del pasado gobierno, porque éstos se hallaban en aquellos dias dispersos, desconcertados y vencidos por el cataclismo que produjo en ellos la inesperada ausencia de su jefe, cuanto con la discordancia ó anarquía de los mismos elementos que la revolucion traia consigo, y con las diversas aspiraciones que entonces como siempre asomaban á la hora del triunfo. A mediados de Agosto, mientras que Comonfort marchaba de Colima á Guadalajara, y se apoderaba de estas poblaciones, venciendo todavía no pocas dificultades, D. Antonio de Haro y Tamariz, que por algun tiempo anduvo oculto y perseguido por Santa-Anna, se hacia proclamar en San Luis primer jefe de la revolucion, publicando las tropas reunidas allí un plan que diferia del de Ayutla, halagando los intereses del ejército, y D. Manuel Doblado, que se habia puesto al frente del Estado de Guanajuato, publicaba otro plan semejante á aquel en ese último punto.

Con estos nuevos planes, y con el levantado por la guarnicion de México, que habia creado el gobierno del general Carrera, la revolucion de Ayutla se veia amenazada de muerte en los momentos mismos de su triunfo, y habia razon para temer que á la dictadura de Santa-Anna iba á seguirse una época de anarquía, que hiciera sufrir á la República los desastres de las pasiones é intereses encontrados que entonces pululaban, sin que por algun tiempo llegara á establecerse un gobierno reconocido por toda la nacion. Pero por fortuna no sucedió así, porque con la separacion del general Carrera, desapareció el inconveniente de la capital, y respecto de los planes de San Luis y Guanajuato, reuniéndose el 16 de Setiembre en Lagos D. Ignacio Comonfort con Haro y Doblado, éstos últimos convinieron, aunque no de muy buena fé, en reconocer al general Alvarez por caudillo principal de la revolucion, y á Comonfort por su segundo, con lo cual pudo ya éste dirigirse á México, sin difi-

cultad alguna, y organizarse pacíficamente el gobierno que debía emanar del plan de Ayutla.

Admitido ya el general D. Juan Alvarez como el jefe á quien por el citado plan correspondia nombrar los representantes de los Estados y Territorios que debian elegir el presidente que habia de ejercer el mando supremo de la República, mientras formaba la nueva constitucion, hizo ese nombramiento; y reunidos en Cuernavaca los representantes, el dia 4 de Octubre eligieron al mismo general, que á la sazón se hallaba ya allí, triunfando en esta eleccion los hombres del partido puro ó radical, sobre los que opinaban por D. Ignacio Comonfort, no obstante que éste, por su carácter suave y conciliador, contaba no solamente con la opinion del partido moderado, sino tambien con la de una gran parte del ejército y del clero, cuyas dos clases, lo mismo que toda la sociedad principal de México, veian con horror la administracion del anciano caudillo del Sur, por creerlo contrario á sus ideas é intereses, y sobre todo por no considerarlo con ninguna de las cualidades necesarias para ocupar la primera magistratura de la nacion.

A pesar de esa oposicion, que por el momento no podia todavía declararse abiertamente contra el héroe de la victoriosa revolucion, el nuevo presidente, despues de permanecer algunos dias en Cuernavaca y Tlalpam, marchó con su ejército de pintos á la capital, donde fué recibido por el pueblo con grandes demostraciones de regocijo, instalándose en seguida en el palacio nacional; pero su permanencia en el poder era absolutamente imposible, y muy pronto iba á tener que abandonarlo para retirarse de nuevo á las montañas del Sur. En Cuernavaca habia organizado su gabinete con D. Melchor Ocampo, D. Benito Juarez, D. Guillermo Prieto y D. Ignacio Comonfort, dando por suprimidas las secretarías de gobierno y fomento, creadas en la administracion de Santa-Anna; y como este gabinete contenia en sí mismo el gérmen de la anarquía, por no estar de acuerdo sus miembros sobre la marcha que debia seguirse, ese desacuerdo, quitando al gobierno la accion

pronta y uniforme que es indispensable en los primeros momentos que siguen al triunfo de una revolucion, para organizar el nuevo órden de cosas invocado por ella, lo hacia impotente para dominar la situacion. Por otra parte, en la convocatoria expedida en Cuernavaca para la reunion del congreso constituyente, se habia despojado ya al clero del derecho de votar y ser elegido; otra ley de 23 de Noviembre abolió los fueros que en lo judicial disfrutaban el clero y el ejército; y como al mismo tiempo se dictaban en el ramo de hacienda diversas medidas que atacaban los intereses de muchos de los que dependen de ella, ya suprimiendo los fondos especiales destinados á cubrir ciertas atenciones del gobierno, inclusa la del ramo judicial, y ya reduciendo los empleos y los sueldos de la lista civil en general, aquella administracion se puso de este modo en pugna con las clases mas influyentes de la sociedad, que desde luego comenzaron á conspirar para derrocarla. Este descontento comenzó á manifestarse con el pronunciamiento que hizo en Guanajuato el gobernador Doblado, desconociendo el gobierno de Alvarez, y proclamando á Comonfort, cuyo movimiento fué inmediatamente secundado en Tepic; y por fin, el dia 11 de Diciembre, convencido ya el general Alvarez de que no podia conservarse al frente del poder, expidió un decreto nombrando presidente sustituto á D. Ignacio Comonfort, que poco antes habia sido ya agraciado por él con el empleo de general de division.

Esta disposicion fué recibida con profundo disgusto por muchos de los principales miembros del partido puro en la capital, quienes intentaron oponerse á ella, promoviendo un motin popular, para el que contaban con parte de la guardia nacional recientemente organizada, y con el apoyo de los dos hijos del mismo general Alvarez; pero ese motin fué inmediatamente sofocado, y el general Comonfort comenzó á ejercer el mando supremo de la nacion, retirándose pocos dias despues aquel jefe al Estado de Guerrero, con las fuerzas que lo acompañaron.

La entrada de Comonfort al poder, calmó en parte el descontento que existía contra el gobierno del general Alvarez; mas como á pesar de su carácter contemplativo, este nuevo jefe tenía que sostener las principales medidas dictadas por aquel, y ser de algun modo consecuente en sus actos posteriores con el espíritu de la revolucion que él mismo había acaudillado, cuyos principios debían constituir forzosamente la base de su administracion, iba muy pronto á encontrarse frente á frente con la fuerte oposicion de aquellos elementos, que no podían tardar en comenzar una lucha encarnizada, en la que al fin debía él quedar vencido, mas bien por su propia debilidad é indecision, que por la superioridad de sus adversarios.

El 19 del mismo mes de Diciembre, el general D. Francisco Güitán y los coroneles Osollo y Olloqui, traicionando la confianza del gobierno con dos cuerpos de caballería que tenían á sus órdenes, dieron en Zacapoaxtla el grito de *religion y fueros*, levantando una acta, por la que desconocían á Comonfort, é invocaban el restablecimiento de las *Bases orgánicas* de 1843, y en los mismos dias, el general Uraga, aunque sin estar de acuerdo con aquellos jefes, hizo otro pronunciamiento semejante en el territorio de la Sierra-Gorda, al frente de unos mil hombres reunidos allí por D. Tomás Mejía y otros caudillos de aquel rumbo. Este último movimiento terminó muy pronto, con la sumision que de esos caudillos obtuvo el general Ghilardi, y la rendicion posterior del general Uraga, con los 51 oficiales y 150 soldados que lo acompañaban; pero no sucedió lo mismo con el primero, porque aunque Comonfort hizo marchar sin demora sobre Zacapoaxtla una fuerte brigada, á las órdenes del general D. Ignacio de la Llave, esta fuerza se pasó á las filas de los pronunciados, dejando solo á su jefe, é igual cosa aconteció con otra brigada que en seguida mandó á las órdenes del general D. Severo del Castillo, por lo que contando ya los sublevados con mas de 4.000 hombres de los mejores cuerpos del ejército, y habiéndose unido á ellos D. Antonio de Haro y Tamariz, que

logró escaparse en el camino, de la diligencia en que el gobierno lo enviaba preso á Vera-Cruz para que saliera de la República, marcharon sobre Puebla, y el 23 de Enero de 1856 se apoderaron de esta ciudad, evacuándola en virtud de una capitulacion la corta fuerza que tenía allí el general D. Juan B. Traconis.

Una vez ocupada esa importante plaza por las tropas pronunciadas, cuyo número se aumentó allí con una multitud de generales, jefes y oficiales, que de México y otros puntos marcharon á unirse á ellas, el general Comonfort se encontró en una muy difícil situacion, desconfiando de sus propias tropas, y temiendo que aquellas se dirigieran sobre la capital. Pero observando que no lo hacían así, á fines de Febrero marchó él mismo hácia Puebla, al frente de mas de doce mil hombres de todas armas, con cuarenta piezas de artillería; y despues de la sangrienta batalla de Ocotlán, y de asediar aquella ciudad por espacio de trece dias, el 22 de Marzo consiguió un triunfo completo, rindiéndose los pronunciados, por medio de una capitulacion que los dejaba á merced del gobierno, sin otra garantía que la de la vida.

Terminada así aquella revolucion, queriendo Comonfort castigar de un modo ejemplar, no solo á los militares que la habían promovido, sino tambien al clero de Puebla, que con sus recursos y opinion la había fomentado, dispuso que los generales, jefes y oficiales que se acogieron á la capitulacion marcharan á Matamoros de Izúcar, en clase de soldados rastos, y que los bienes eclesiásticos de la mitra de Puebla fuesen intervenidos por las autoridades civiles, para evitar que se emplearan de nuevo en proteger revoluciones; y en seguida regresó á la capital, donde fué recibido con un entusiasmo que rayaba en delirio, dejándose ver en las ovaciones que la mayoría de sus habitantes ofreció entonces espontáneamente al vencedor de la reaccion clérigo-militar, cuál era el verdadero estado de la opinion general sobre este punto.

Esas dos disposiciones dictadas por el general Comonfort

en los momentos mismos de concluir la campaña de Puebla, imprimieron á su administracion el carácter que debia tomar, siguiendo el espíritu de la revolucion á que debia su origen, para cortar de raiz los elementos que mas directamente han conspirado contra la paz y la prosperidad de la República; y si el dictador creado por el plan de Ayutla hubiera tenido toda la energía y toda la abnegacion que se necesitaban para sostener los derechos de la nacion en la lucha que tales medidas iban á provocar, de la misma lucha habria resultado forzosamente la completa reforma de esas dos clases que mas han abusado del sufrimiento de la nacion, quedando ésta libre ya para siempre de los grandes obstáculos que se han opuesto á su engrandecimiento y prosperidad. Pero por desgracia suya y de la República, el general Comonfort carecia de ambas cualidades, y adoptando una política de *estira y afloja*, en la que alternaban algunos actos de valor con otros de incalificable debilidad, no hizo mas que mantener la guerra civil, sin seguir un plan fijo ó determinado, para concluir al fin por retirarse vergonzosamente del poder, y marcharse al extranjero, dejando á la capital en manos de la faccion retrógrada, y á la República toda envuelta en una espantosa anarquía.

A la intervencion parcial de los bienes del clero de Puebla, que provocó naturalmente una fuerte resistencia de parte del obispo de aquella diócesis, hasta el extremo de verse obligado el gobierno á hacerlo marchar fuera de la República, se siguió la ley llamada de desamortizacion, que dispuso la enagenacion de todas las fincas pertenecientes á corporaciones civiles y eclesiásticas; y aunque esta importante medida se ejecutó en gran parte, no pudo realizarse completamente, por la oposicion que hacia el clero, alentado con la impunidad en que dejaba el gobierno á los sacerdotes que en abierta rebelion contra la potestad civil, no solo protestaban contra ella, sino que en los púlpitos y confesonarios incitaban al pueblo á desobedecerla, llevando su audacia hasta negar la absolucion de sus pecados, aun en casos de muerte, á los penitentes que ha-

bían adquirido legalmente alguna de aquellas fincas. Por otra parte, el decreto de 25 de Marzo, que habia reducido á soldados rasos á los generales, jefes y oficiales capitulados en Puebla, fué modificado por el de 27 de Abril siguiente y otras disposiciones posteriores, que revelaban la falta de energía en el gobierno para sostener aquella primera medida, y que sin destruir el ódio que habia hecho nacer entre esos y otros militares el agravio recibido por su clase, los alentaba para continuar conspirando, sobre todo cuando para ello contaban con el apoyo del alto clero y de las personas que medraban con la administracion de sus bienes. Además, esa falta de energía en el gobierno para obrar contra los naturales enemigos de la situacion, no solo daba aliento á éstos para combatirlo con mayor fuerza, sino que le enagenaba las simpatías de los liberales exaltados, quienes desconfiaban cada dia mas de Comonfort, no pudiendo estar de acuerdo con una política cuyas funestas consecuencias era fácil preveer; y como al mismo tiempo atacó de alguna manera los principios de la revolucion á que debia el origen de su poder, expidiendo un estatuto que restringia las facultades de los gobiernos de los Estados, y nombrando un nuevo consejo, en el que figuraban personas cuyos antecedentes no podian inspirar confianza al partido liberal, estos actos le atrajeron la oposicion de una parte del congreso constituyente, que trató de que el general Alvarez volviera á encargarse del mando supremo de la nacion, provocando por otra parte un pronunciamiento en Guadalajara, y la formal resistencia de D. Santiago Vidaurri, gobernador del Estado de Nuevo-Leon.

Aprovechándose de esta division entre el partido dominante, que debilitaba naturalmente la accion del gobierno, el bando clérigo-militar se apresuró á promover nuevos trastornos, creyendo seguro su triunfo; y aunque no consiguió sino nuevos descalabros, la impunidad en que iban á quedar sus principales promovedores, debia darle tambien nuevo aliento para continuar la lucha con mas confianza.